

SERMON

PARA EL

ULTIMO DIA DE LAS FLORES DE MARIA.

*Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel,
tu honorificentia populi nostri.*

Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la
alegría de Israel, tú la honra de nuestro
pueblo.

Judith. cap. XV, v. 10.

Católico auditorio: El culto de la Santísima Virgen María viene siendo desde la cuna misma del Cristianismo el objeto predilecto de todos los fieles. El sepulcro donde momentáneamente descansó su bendito cuerpo, fué su primer altar. Los Apóstoles, á quienes ella dirigió hasta el día de su gloriosa Asuncion á los cielos, fueron sus primeros predicadores, y al tiempo mismo que los pueblos escuchaban de sus lábios las glorias de Jesucristo, aprendian tambien á bendecir á su Madre y á impetrar su proteccion y amparo. Digan en buen hora los enemigos de la soberana Emperatriz de los serafines que su devocion es el delirio de los cristianos del siglo IV. Aunque monumentos imperecederos no nos acreditasen que el culto de María nació con la Iglesia, la sana crí-

tica así nos lo demuestra. Sabiendo los Apóstoles el exceso de amor, como le llama San Pablo, que hizo que el Verbo Eterno uniese á sí hipostáticamente la naturaleza humana para padecer en ella y reparar los agravios con que el pecado quiso desconocer el supremo dominio de la Divinidad sobre todo cuanto habia comenzado, no podian prescindir de recomendar á la que le dió en su casto y virginal seno nuestra humanidad, y las escelencias que por este respecto mereció. Al hablar de los grandes y admirables misterios de la nueva religion, no podian desentenderse de María, que tanta parte tuvo en ellos. Al esplicar á los pueblos la Encarnacion del Verbo, imposible era hacerlo sin anunciar que María fué la criatura feliz y bienaventurada, anunciada al mundo desde el Paraiso, y predestinada desde la eternidad para ser fecundizada por el Espíritu Santo y producir en tiempo al Salvador. ¿Cómo no habian de celebrar las grandes virtudes que la adornaron y los extraordinarios privilegios que la fueron concedidos? Al esponer el misterio del Gólgotha, la sublime expiacion ofrecida por Jesucristo para aplacar la justa cólera de su Eterno Padre contra el hombre, y abrir á éste las puertas de los cielos, ¿cómo no habian de recordar aquella preciosa manda y consolador legado con que la Víctima Sagrada nos enriqueció, dejando á su Madre por madre de todos los mortales, para que encontráramos en ella proteccion y amparo? ¿Y cómo los fieles á vista de tal dádiva no se habian de entusiasmar por las glorias de tal madre?

En verdad, mis amadísimos hermanos, que si deseoso en este día de llenaros de un santo entusiasmo, me propusiera narrar las glorias de la Virgen

sin mancha, que siendo Madre de Dios, es al mismo tiempo Madre de todos los humanos, Refugio de los pecadores, Auxilio de los cristianos y causa de nuestra alegría, abordaría una árdua empresa, imposible de llevar á término feliz. ¿No sería, por ventura, empresa temeraria querer contar las estrellas que adornan la bóveda celeste? Pues no sería menos el pretender reducir á guarismos las alabanzas que la Iglesia en toda la estension del universo repite á la Santísima Virgen, á la que consagra muchas festividades durante el año eclesiástico, solemniza cada uno de los misterios de su vida, y cada dia en el sacrificio incruento de nuestros altares, en la sagrada Psalmodia y en todo tiempo y lugar, la invoca y la bendice.

No es para mí un fenómeno inesplicable el observar ese entusiasmo de todos los pueblos cristianos cuando se trata de celebrar á la feliz criatura que reparó con su obediencia y fidelidad los males que á la humanidad causara la Eva del Paraiso con su infidelidad y desobediencia. ¡La Madre de Dios y de los hombres! Hé aquí el asunto de las mas brillantes homilias de los Padres. ¡Sus glorias!... ¡Con cuánta devocion las cantaron y con cuánto valor las defendieron Inocencio III, Alberto el Grande, Santo Tomás, Escoto y San Buenaventura! ¡Con cuánta suavidad, uncion y dulzura las predicaron San Bernardino de Sena, el canciller Gerson, el Justiniano y mil otros cantores entusiasmados! En España solo, puedo decir, sirviéndome de la espresion de un sábio contemporáneo, que se encuentran como á bandadas los cantores de María. No hay arte ni ciencia que no haya contribuido á su gloria. Templos, altares,

estátuas, pinturas, y hasta en los ricos tapices que adornan las moradas de nuestros grandes, órdenes religiosos y militares, hermandades, cofradías, congregaciones ilustres, dedicadas por instituto á dar culto á María, á bendecir su nombre, á invocar su patrocinio, hé aquí lo que observamos con el mayor gozo de nuestro corazon. Se trata de María, de sus glorias, de su culto, y todos los obstáculos se vencen. En sus festividades llama á los fieles la campana del santuario, y la multitud rodea en el momento sus altares.

¿Qué mas pudiera añadir, mis amadísimos hermanos? Establecióse la hermosa devocion de las Flores, y conforme vá siendo conocida en los pueblos cristianos, se vá abrazando con el mayor y el mas puro regocijo. Nosotros tambien, participando de ese general entusiasmo, hemos practicado la devocion de las Flores durante todo el mes que ha concluido: justo es, pues, que para despedirnos de esta Virgen Purísima, á la que hemos ofrecido nuestros obsequios, le hagamos al presente completa entrega de nuestro corazon. A este fin nos reunimos en esta hora, y deseando yo alentarnos mas y mas en la devocion de la Santísima Virgen, voy á demostraros *la utilidad de hacerle un sincero ofrecimiento del corazon, porque de este modo estará propicia para remediar nuestras necesidades.* Esto dará materia á la primera parte del discurso. *La sinceridad de este ofrecimiento debe consistir en la imitacion de sus virtudes.* Esto lo esplicaré en la segunda. Dichoso yo si acierto á desenvolver dignamente estas ideas. Para que asi sea, imploremos los divinos auxilios por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Luego que hubo muerto el rey David, el ambicioso Adonías levantó una conspiración contra su sucesor Salomón, intentando arrebatarle el trono. Descubierta que fué esta, Salomón ordena que el revolucionario que así había intentado privarle de sus legítimos derechos, expie públicamente su delito, y sin que nada bastara á impedirlo, pagó con su vida el crimen que cometiera. Abiathar había tomado parte en la conjuración, y unido á Adonías había trabajado en contra de Salomón: merecía por lo tanto la misma suerte: empero el monarca que hubiera pronunciado el decreto de muerte contra él, recuerda que este sacerdote fué uno de los que llevaron el Arca santa, y volviéndose á él, le dice de este modo: «También tú debías morir, pero no sufrirás hoy este castigo, por cuanto llevaste el Arca del Señor delante de mi padre David: *Equidem vir mortis es: sed hodie non te interficiam quia portasti Arcam Domini coram David patre meo* (1).»

No he podido menos, M. A. O., de traer á la memoria este pasaje bíblico, en el que veo un símil claro á todas luces de los grandes beneficios que debemos á la Santísima Virgen María. No hay que dudarle: por ella no hemos pagado ya con muerte eterna nuestros pasados delitos. ¡Ah! ¡Cuán felices somos en vivir en el seno del catolicismo! ¡Cuánta es nuestra dicha en haber conocido desde nuestra niñez á María y en haber aprendido á implorar sus piedades! Como el

(1) III. Reg. cap. II, v. 26.

sacerdote Abiathar, hemos merecido la muerte, porque veces mil hemos destronado de nuestros corazones á Jesucristo, dándole su imperio á Belial, á quien miserablemente hemos servido, entregándonos al pecado. ¿Y por qué no hemos perecido? ¿Per qué no ha caído sobre nosotros la espada de la divina Justicia? ¡Ah! Porque hemos sido protegidos por el Arca Santa, por María, Tabernáculo escogido de nuestro Dios. Me parece oír de los divinos lábios las mismas expresiones de Salomón: *Hodie non te interficiam quia portasti Arcam Domini.*

¿Y podreis dudarle? Registrad detenidamente los senos de vuestra conciencia, y ved si no habeis nunca hollado la divina ley, si no os habeis conjurado contra Dios, quemando vuestro incienso ante deidades fementidas. ¡Ah! Que ya oigo suspirar porque reconocéis la verdad de mis palabras. Pues bien: á María debemos el no haber perecido: á María, que es la ciudad de refugio para los miserables pecadores, somos deudores del tiempo que el Señor en su infinita misericordia nos ha concedido para que reconozcamos nuestro error y obremos nuestra conversión. Si á esta Señora de cuyas benéficas manos tantos beneficios recibe la humanidad, hacemos una completa entrega de nuestros corazones, lograremos tenerla propicia, y si hasta aquí por su mediación hemos conseguido no ser confundidos, cual por nuestros pecados merecíamos, en adelante nos sacará á salvo de enmedio de las tempestades de nuestras pasiones, que sin cesar tratan de sumergirnos en el borrascoso mar de la culpa.

Acaso, ¿se ha puesto alguna criatura en manos de la Virgen Santísima, que no haya experimentado los saludables efectos de su protección benéfica? No: por-

que en María que nos ama, en María que es nuestra Madre, se hallan como reasumidas todas las riquezas del Omnipotente (1): ella es el iris de paz, en cuya presencia el cielo deja de herir al hombre delincuente (2): ella es el ángel del consuelo, pronta á acudir en remedio del que la invoca en las aflicciones de la vida (3). Y es una verdad innegable, que la señora distingue con particular afecto á aquellos que consagrándole el corazón, se esmeran en manifestarle su amor y verdadera devoción (4). ¿Qué no podremos, pues, esperar de la que está dotada de un corazón tan benigno, si la profesamos una cordial devoción? ¿Cómo se hará indiferente á nuestras desgracias y aflicciones? ¿Cómo nos habrá de abandonar? San Buenaventura nos dice, que el pensamiento culminante de María, su idea fija y su deseo constante es consolar, amparar y acoger bajo su protección á todos los que en ella ponen su esperanza (5): y entusiasmado el devotísimo Padre San Bernardo, al considerar los muchos beneficios que continuamente dispensa á los mortales: «¿Quién hay, esclama, que habiendo acudido á María no haya conseguido el remedio de sus males? Si alguno hay, yo consiento que no vuelva á invocar su nombre ni á hacer memoria de ella jamás (6). Tan cierto estaba de lo eficaz que es la devoción de la Bienaventurada Virgen, que siendo Madre de Dios, es al mismo tiempo Madre de los hombres. El mundo

(1) Rich. á San Laur, de Laud. Virg. Lib. 4.

(2) San Bonav. in Spec. cap. XII.

(3) Blos. in Can. Vit. spir. c. XVIII.

(4) Semper Maria cum amantibus amantior est. S. Ign. mart. Ep. ad. Aur.

(5) San Bonav. Super Salv. reg.

(6) San Bern. Serm. 1 de Assump.

entero está lleno de monumentos que atestiguan una verdad consoladora, á saber: que María es para los mortales el acueducto de las divinas misericordias, como la llama San Bernardino de Sena.

Con razón, pues, y mal que les pese á los impíos Nestorianos, á los sacrílegos sectarios de Leon Isáurico y Copronimo, y á los orgullosos protestantes, enemigos declarados del nombre de María, la arquitectura, las artes, la música y la poesía hánse consagrado á transmitir á las generaciones futuras testimonios incontestables del entusiasmo que en todos tiempos ha sabido inspirar á los cristianos la simpática Madre del Redentor de la humanidad. Abrase la historia y se verán los grandes triunfos y admirables victorias que muchos reyes consiguieron por haber colocado en sus banderas la imagen de María, y haberse lanzado al combate, después de invocar su protección. Sin detenernos en los Clodoveos, Carlomagnos, Recaredos, Luises y otros muchos, registremos los anales de los reinados de nuestros augustos soberanos San Fernando III de Castilla y su hijo D. Alfonso, y veremos que á su devoción á María debieron aquel santo entusiasmo con que arrojaron de nuestro suelo las huestes agarenas.

La poesía esmeróse en todos tiempos en cantar las glorias de la protectora de la humanidad. El Dante, el Tasso, Silvio-Pellico.... empero ¿qué necesidad tenemos de recurrir al catálogo de los poetas extranjeros? Acaso, Lope de Vega y otra multitud de ellos que produjo nuestra patria ¿no dedicaron sus mas bellos cantos en loor y gloria de María? Ni podia ser por menos en la nación venturosa que la reconoce por Patrona. Si pasamos de la poesía á las artes, ¡ah! ¿A